

Madrid Científico

Revista de Ciencias, Ingeniería y Electricidad

AÑO IX.—N.º 374.

Plaza de Alonso Martínez, 6.

30 MARZO 1902

CRONICA

Cecil Rhodes

Ha muerto Cecil Rhodes. Ha muerto solo y aislado en la tierra africana. Hace algunos años era el Dios de los boers, los afrikanders, los ingleses, los pobres y los ricos. Ahora lo aborrecían todos: los boers del Transvaal y del Orange, por enemigo; los afrikanders del Cabo, por traidor; los ingleses, por causante de la guerra; los pobres, por las víctimas de la lucha; los ricos, por la paralización de las minas.

Adorado ó aborrecido, fué un grande hombre, con grandes defectos; pero La Rochefoucauld ha dicho que sólo los grandes hombres pueden tener grandes defectos. Aborrecido hoy, adorado ayer, Cecil Rhodes ha sido siempre el mismo: generoso, valiente, seguro en el movimiento y falto de escrúpulos en la acción. Se le reprocha esta falta de escrúpulos por el fracaso de la famosa expedición Jameson provocadora de la guerra actual. Oigamos al Cardenal Richelieu:

«Cuando he meditado largo tiempo una cosa y quiero ejercitarla, nada me detiene. Derribo los obstáculos, siego las cabezas y todo lo cubro con mi manto rojo.»

Hoy, Francia admira en Richelieu al hombre que más ha hecho por su engrandecimiento; se hubiera equivocado una sola vez, y la historia, al recordar tal pensamiento, vería un monstruo en el Cardenal. Fracaso la expedición Jameson ante la inesperada cobardía de los johanesburgueses. De haberse sublevado Johannesburgo, hoy adoraríamos en Cecil Rhodes al conquistador del Africa para la paz y la civilización, y su biografía sería en las escuelas el mejor tónico de la voluntad individual.

Era Cecil Rhodes un jovencuelo inglés que fué al Natal para curarse la tisis en 1867 ó 68. El aire libre y el sol cálido le restablecieron al poco tiempo y pudo ser uno de los innumerables inmigrantes ingleses, alemanes, rusos, italianos y yankees que acudieron á Kimberley al tenerse noticia de que habían sido descubiertos algunos campos de diamantes. Llegaron á Kimberley en dolorosa peregrinación por los desiertos africanos, á pie algunos, otros en carretas arrastradas por bueyes. Reconocieron los yacimientos señalados, descubrieron otros nuevos, se los repartieron más ó menos amistosamente, y cada uno comenzó á trabajar en el terreno que le co-

respondía. Lo demás fue cuestión de suerte, de sobriedad y de energía. A los pocos años Rhodes era rico.

Pero la competencia entre los mineros abarataba el precio de los diamantes, y Rhodes constituyó la Compañía titulada «De Beers» que monopoliza la extracción en todo el Africa del Sur, y es una de las más poderosas entidades industriales del mundo.

Constituida la Compañía, eran innecesarias las energías de los «hombres de Kimberley». Cecil Rhodes se fué á la ciudad del Cabo y se dedicó á la política. Su sueño era constituir los Estados Unidos del Africa del Sur; su política fue de concordia entre los colonos de sangre holandesa y los de raza británica.

Al poco tiempo se descubrieron las minas de oro de Johannesburgo, y los hombres de Kimberley, ya ricos, emprendieron nuevamente el camino de los desiertos africanos para explotar las minas, que requerían la inversión de grandes capitales en maquinaria.

Fundáronse colosales compañías, en todas las cuales tuvo participación capital el «Napoleón del Cabo», frase que Gladstone aplicó á Cecil Rhodes, tal vez con odio, pero acaso con cariño porque Rhodes regaló medio millón de libras esterlinas á Parnell para que éste las empleara en gestionar la independencia de Irlanda.

Acudió en pocos años á Johannesburgo tal cúmulo de inmigrantes, que, como siempre sucede en estos casos, determinaron gran tirantez de relaciones entre los extranjeros, ó sea los «uitlanders» y los nativos, los boers. Eran éstos pastores sin cultura, mal avenidos entre sí, refractarios á toda clase de impuestos. Los «uitlanders» les sirvieron para que descargaran sobre ellos todo el peso de las cargas fiscales. Por otra parte, no todos los «uitlanders» se hacían ricos en Johannesburgo. Eran más los desengañados; los descontentos; y entre aquella gente, sin hogar, sin familia, sin gran levadura moral, el descontento se manifestaba en formas ásperas.

Cundió la desconfianza entre unos y otros. Los boers, incapaces por su falta de ilustración, de asumir las funciones administrativas en país que tan de súbito adquiría la complejidad de la vida industrial, llamaron para desempeñar los cargos públicos á buen número de holandeses, que no podían ver en el Transvaal su patria nativa y que iban á Pretoria con el santo propósito de enriquecerse.

Pidieron los «uitlanders», más numerosos que los boers, los derechos electorales. Se los negaron boers y holandeses. Johannesburgo, la ciudad «uitlander», ame-